

Editorial

El decir y el hacer

Fabio Nigra

Barack Obama ha sido reelecto.

Sus propuestas no se diferenciaron mayormente de las esbozadas en su campaña anterior, pero en la nueva carrera electoral había que superar un conjunto de cuestiones que podrían sintetizarse como promesas incumplidas o problemas irresueltos. Cuestiones tales como el uso de armas, o el trato y consideración de los extranjeros e ilegales son ejes sobre los que la nueva administración ha de hacer hincapié, y por ello se incluye un artículo que refleja la “sensación de inseguridad” de los ciudadanos y el abuso de la tenencia de armas; también se publican trabajos vinculados al trato dado a los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, la concepción de raza que no es otra cosa que una percepción ideológica o las cuestiones derivadas de la crisis económica en Puerto Rico. En la sección Cine-Historia se trabaja en la construcción del pasado, siempre apoyándose en una percepción del Otro que contribuye a definir la propia identidad. Nada casualmente, sostenida en una guerra. Asimismo, en este número se presenta un dossier que trabaja varios de los aspectos pendientes o futuros que el reelecto presidente ha decidido tomar, tales como la relación especial con Puerto Rico, el financiamiento de las campañas electorales, la posición internacional y los problemas económicos, y en suma los lineamientos generales manifestados en el Discurso sobre el Estado de la Unión.

Pero Estados Unidos, como la potencia imperial dominante, ejerció un liderazgo brutal durante los años de Bush, que Obama prometió desandar. Estas promesas, si bien incumplidas en el primer mandato, siguen siendo una esperanza para el segundo, máxime considerando que su opositor, Mitt Romney mostraba una arista muy similar a la del anterior presidente republicano. Esto fue percibido tan claramente que, como indica Kragelund en su texto, una encuesta de Gallup demostró que a nivel mundial, ocho de cada diez personas hubieran votado por Obama si estuviera en sus posibilidades. Esto muestra que los habitantes de la Tierra están agotados de la guerra.

Pareciera ser que Obama tomó nota de ello, y en su discurso de asunción dijo que siguen “creyendo que una paz duradera no requiere una guerra perpetua.” Reafirmó esta postura en el discurso sobre el Estado de la Unión,¹ al anunciar el retiro de las tropas en Afganistán (aunque sin mencionar Irak y tampoco Guantánamo). Pareciera que sus creencias ceden sin gran resistencia cuando se encuentra frente a los que creen que sí se necesita una guerra perpetua, tal como esbozó con claridad Richard J. Barnet², desnudando las íntimas vinculaciones entre empresas y altos mandos militares, relación conocida como el “complejo militar industrial” hasta la década de 1970. En la actualidad el complejo se ha *aggiornado* de tal forma que podría ser llamado el “complejo militar-industrial-financiero”, socio no solamente del predominio de los Bush en la política de Estados Unidos, sino también auspiciante de la campaña electoral del presidente Obama.

¹ Ver artículo de Fabio Nigra, “El mensaje sobre el Estado de la Unión de Obama: Es todo un problema de costos”, en este mismo número.

² Richard J. Barnet. *Guerra perpetua*; México: FCE, 1974.

A diferencia de la Argentina, Estados Unidos es un país muy ordenado en lo que hace a la búsqueda del predominio económico y político, y por eso lo que aquí ha dado en llamarse las “políticas de Estado” se toman muy seriamente, planificando por ello a muchos años a futuro. En su muy importante libro Telma Luzzani³, puso a la luz un documento central de la planificación estadounidense llamado *Sustaining U.S. Global Leadership for 21st Century Defense* (Manteniendo el liderazgo global de EEUU: prioridades para la Defensa en el siglo XXI). En lo sustancial el texto establece prioridades y objetivos para los siguientes años, profundizando algunas tendencias ya probadas en los últimos tiempos, tales como la reducción de la exposición de las tropas norteamericanas a lo largo del planeta en lo que hace al tamaño de sus bases militares, para inundarlo con instalaciones más pequeñas tal como denuncia Catherine Lutz, que aproxima un número de más de 900, según destaca Luzzani. Se estima que por propiedad o por alquiler, el Pentágono ocupa más de 320 mil hectáreas a nivel mundial, con 26 mil edificios y otras estructuras que para 2009 estarían valuados en unos 150 mil millones de dólares, gracias a la instalación de dos tipos de modalidad: las CSL o sitios de seguridad cooperativa, por un lado; y las FOL, sitios de operaciones de avanzada, que no son otra cosa que bases militares diseñadas como plataformas móviles de intervención rápida en cualquier lugar del mundo.

Y estos números han de ser mayores de lo que en principio se puede observar. Sucede que los contables del Pentágono con sus socios de la Cámara de Representantes (diputados) del Congreso –que tienen al

candidato a vicepresidente del derrotado Romney, Paul Ryan, como gran operador-, hacen que los números del presupuesto muestren lo que quieren mostrar, y se oculte con subterfugios o nombres falaces rangos y rubros enormes, y crecientes sumas de dinero destinados a la guerra. Hace unos años se publicó en el *Monthly Review* (importante revista de izquierda estadounidense) la maraña de números y conceptos con los que se ocultaba el Gasto Militar en el presupuesto. Los autores, confrontando datos públicos de la Oficina de Administración y Presupuesto (OMB) con los de las Cuentas del Ingreso Nacional y Productos (NIPA), destacaron que lo que realmente se debe considerar como Gasto Militar duplica lo que en principio se asigna a la Defensa Nacional.⁴ En efecto, mientras que en este último rango se registran las partidas “en blanco” para tal fin, existen en el presupuesto partidas que no son consideradas para Defensa, pero que en realidad sí son utilizadas para ello. Sumas de dinero para los gobiernos extranjeros, pagos a los servicios médicos militares, beneficios de los veteranos, intereses atribuidos a cuestiones militares, entre otros, son utilizados en forma recurrente para ocultar los crecientes volúmenes de dinero vinculados directa o indirectamente a lo que ha de entenderse como gasto militar, hasta se llega al caso de que las sumas destinadas a la construcción de una base en el exterior o el interior se imputa a Inversión no Residencial en las cuentas nacionales. Todo ello sin considerar el gasto en “contratistas” en la forma en que lo hacía la Administración Bush, que nosotros denominaríamos mercenarios, al estilo de los contratos “de obra” para Blackwater, empresa de servicios diversos

³ Telma Luzzani, *Territorios Vigilados*; Buenos Aires: Debate, 2012. Ver reseña de Leandro Della Mora, en este mismo número.

⁴ J.B. Foster et al; “The U.S. Imperial Triangle and Military Spending”; *Monthly Review*, vol. 60 no. 5, octubre, 2008.

que hasta proveyeron la seguridad privada de los altos mandos en Irak y Afganistán. J.B. Foster y sus compañeros concluyeron entonces que el dinero asignado a Defensa en 2008 duplicaba ampliamente lo informado. En el libro *Corporate Warriors*, P. Singer sostiene que la tercerización de servicios militares es un fenómeno más amplio, que incluye a países capitalistas aliados (como Francia o Inglaterra), pero que los Estados Unidos son proveedores relevantes de servicios vinculados a la maquinaria bélica.⁵ Por ejemplo la empresa *Brown & Root* que arma los campamentos, provee el mantenimiento de las armas y los vehículos y se encarga de la alimentación de las tropas.⁶

Esto último va en consonancia con lo dicho por Juan Gelman en *Página 12*, en el que pone en evidencia el apoyo logístico que efectúa Estados Unidos con sus aliados de la OTAN, en particular en este mismo momento con Francia en su conflicto en Mali. Este autor cita a un cuadro civil relevante del aparato militar de Estados Unidos, León Panetta, jefe del Pentágono, quien no duda en decir que la ayuda que le están brindando a Francia “es el tipo de modelo que veremos aplicar en el futuro”.⁷

Esta política no es más que un refuerzo, si se quiere, circular, de los sectores que hoy son dominantes en Estados Unidos: las finanzas, las industrias bélicas y el sistema político. Por ejemplo, como indica José Hernández Viguera, “la versión digital de la revista

Foreign Policy del 10 de mayo de 2010, se hacía eco de la satisfacción del denominado complejo industrial-militar estadounidense porque el gasto militar significaba inversiones rentables en valores bursátiles”.⁸

Aquí es donde se encuentra el principio lógico para sostener la continuidad de la guerra perpetua. Es hoy un hecho consensualmente aceptado que, en términos mayoritarios, el capital financiero es la fracción burguesa que domina y determina las políticas de gran parte de los países del mundo. O sea, en Europa y Estados Unidos –y otros lugares del mundo- ponen gobiernos y los sacan –como los casos Grecia e Italia- en caso de que no garanticen las medidas conducentes al pago de la deuda pública y la sobrevivencia de los bancos. Y tienen poderosos intereses en la industria bélica: por caso, en Estados Unidos existe el Índice de Defensa (DFI) que representa y mide las cotizaciones bursátiles de las acciones y otros títulos de las grandes empresas de armamentos; empresas que proveen equipos, servicios y sistemas militares para el gobierno en lo que hace a defensa, inteligencia y fuerzas armadas en general. En la Bolsa de Filadelfia existe el *PHLX Defense Sector*, que es también un índice que expresa el valor de empresas tales como *General Dynamics*, *Boeing*, *Nothrop Grumman* y otras. Y también existe el *Standard & Poor's 500* para Defensa y Aeroespacial... y hay más. Estos índices se mueven en función de los contratos que consigan con el Estado. Entonces, la especulación financiera avanza en la creación de dinero que inventa dinero, y especula con cualquier cosa que pueda venderse o comprarse (energía, alimentos, casas, etc.). Además lo hace con las armas que compran los sucesivos gobiernos

⁵ P. Singer. *Corporate Warriors. The rise of the privatized military industry*; Ithaca: Cornell University Press, 2003.

⁶ Este punto ha sido ampliamente desarrollado en Fabio Nigra y Pablo Pozzi. *La decadencia de los Estados Unidos. De la crisis de 1979 a la megacrisis de 2009*; Ituzaingó: Maipue, 2009, capítulo 13 “El monopolio privado de la violencia”.

⁷ J. Gelman. “Guerra habemus para rato”, *Página 12*, 24-1-13.

⁸ J. Hernández Viguera. *El casino que gobierna al mundo. Mañas y trampas del capitalismo financiero*; Buenos Aires: Capital Intelectual, 2012.

norteamericanos, y la posibilidad de lograr que la política nacional presione a otros países amigos, aliados o subordinados, para que les compren armas (Israel, Arabia Saudí, Egipto, entre otros). Como sostuvo una revista digital especializada en valores bursátiles relacionados con la Defensa (www.securitystockwacht.com), sin avergonzarse, el impulso para las compañías del Índice es el presupuesto de Defensa.

¿Alguno creería que estos grandes jugadores mundiales de la especulación financiera no apuestan sobre las acciones de las grandes empresas de la industria de defensa, tomando CDS (*Credit Default Swap*, pases formalizados en contratos en caso de impago) como prevención ante la caída de la cotización? Si se especula con bonos soberanos de países apostando a ganar y asegurándose en caso de perder, ¿no se supone que harán lo mismo con acciones de empresas altamente capitalizadas? Si se crean instrumentos derivados (apuestas a futuro sobre valores posibles o pérdidas de valores posibles) sobre alimentos, petróleo o hipotecas, ¿no es lógico que lo hagan sobre empresas de armas?

Entonces, si las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos tienen un vínculo profundo con la industria armamentística, hasta tal grado que altos oficiales de las tres armas son designados, una vez que se retiran de la actividad militar, como directores o CEOs de estas empresas, ¿no es de esperar que el aparato burocrático del gobierno de los Estados Unidos se encuentre claramente infiltrado por los intereses de los fabricantes de armamentos? La gran inversión que requiere el desarrollo de una nueva arma tecnológicamente de avanzada, ¿puede ser dejada a la deriva de un contrato que no justifique la inversión? Pero para necesitar nuevas armas, municiones, uniformes, etc., es

necesario usarlas, probarlas, gastarlas y generar nuevas necesidades. En eso estamos, dirían los asesores de Obama. Y por ello, no puede suponerse que las buenas expresiones de políticos reduzcan las innumerables acciones militares a nivel mundial.

En consecuencia, el mantenimiento de la hegemonía norteamericana requiere aliados y socios que generen buenos negocios y por ello es poco factible que las guerras impulsadas, mantenidas o extendidas por Estados Unidos se acaben, por lo menos en el corto plazo.